

La Tercera-Reportajes

16 de septiembre de 2007

Evaluando el impacto del maletín literario

Eduardo Engel*

La mitad de las familias chilenas declara tener menos de diez libros en su casa, una de cada 12 familias no tiene ni siquiera uno. Seguramente fueron datos como éstos, junto al pobre desempeño de los chilenos en pruebas internacionales de comprensión de lectura, los que llevaron a la presidenta Bachelet a anunciar el 21 de mayo pasado la iniciativa del maletín literario. Financiado por el Estado, con un diccionario, un atlas, un texto de historia y al menos dos textos de literatura universal, estos maletines serán repartidos entre 400 mil familias de escasos recursos a partir del próximo año.

Algunas reacciones

“No se trata simplemente de que las editoriales le vendan libros al Estado y que luego éstos terminen sirviendo para calefaccionar una habitación o para que sean revendidos en el mercado ilegal a precio vil” declaró el gerente de una editorial, planteando problemas que podrían desvirtuar esta iniciativa.

“No basta con que regales una maleta con libros para garantizar un nivel cultural. Ni siquiera se garantiza que la familia va a leer esos libros. Debe ser una intervención masiva en todos los frentes, educacional, barrial, etc.” afirmó una destacada escritora cuando se le consultó sobre esta iniciativa.

La reacción de la presidenta ante la andanada de críticas que generó su iniciativa no se hizo esperar: “Han dicho que la gente no necesita esos libros, que no sabrá ocuparlos, que es dinero botado; a quienes menosprecien a nuestra gente y nuestra cultura les digo que tenemos un pueblo que valora la educación, que se siente orgulloso de nuestra historia, y aprecia el conocimiento”.

Evaluando el impacto

El maletín literario permite ilustrar un principio básico que debiera formar parte de todas las iniciativas de gasto público, idealmente en la etapa de diseño. Dicho principio es que estos programas deben ser diseñados de modo que se pueda evaluar en qué medida logran el objetivo que se propusieron.

En el caso del maletín literario propongo lo siguiente: que el primer año el maletín se reparta sólo en la mitad de las comunas pobres del país, por ejemplo, sólo en comunas de regiones impares. Entonces se puede determinar la efectividad de esta iniciativa comparando la evolución de la comprensión de lectura, por ejemplo mediante la prueba Simce, en comunas con y sin maletín literario. Si las comunas con maletín muestran un mayor avance que las comunas sin maletín, podemos concluir con bastante certeza que el maletín logró uno de sus principales objetivos. En cambio, si no hay diferencias, valdría la pena ir pensando en abandonar la iniciativa.

Tal como lo señaló el gerente editorial antes citado, lo más probable es que algunos libros del maletín sean vendidos a precio vil mientras que otros terminen calefaccionando hogares de escasos recursos. Sin embargo, si los puntajes Simce sugieren una mejora importante en la comprensión de lectura, el gobierno tendrá una respuesta sólida para cuestionamientos basados en casos aislados de mal uso de los libros.

¿Maletín o bibliotecas públicas?

Varios analistas sugirieron que en lugar del maletín literario sería mejor entregar más recursos a las bibliotecas públicas en comunas de bajos ingresos. O crear buses-biblioteca (bibliomóviles) que recorran los barrios pobres prestando libros.

La verdad es que no sabemos cuál de las iniciativas anteriores es mejor. Nuevamente, una evaluación de impacto bien diseñada puede arrojar luces sobre esta disyuntiva. Por ejemplo, aumentando los recursos para las bibliotecas públicas en algunas comunas, creando bibliomóviles en otras, distribuyendo el maletín literario en un tercer grupo y no haciendo nada el primer año en un cuarto grupo de comunas. También se podría probar varias iniciativas simultáneamente en algunas comunas. Luego de evaluar el impacto de las diversas opciones sobre los rendimientos en comprensión de lectura se tendría información para enfocarse a futuro en las alternativas más efectivas.

Evaluación de impacto

Una de las áreas de investigación universitaria con mayores avances relevantes para las políticas públicas durante la última década es la evaluación de programas. Estos avances permiten limitar la influencia de sesgos ideológicos al discutir qué funciona y qué no funciona en temas de políticas públicas. Los mayores detractores, claro está, son quienes han tenido que enfrentar evidencia poniendo en duda sus políticas favoritas.

Las mejoras que se puede esperar en la calidad del gasto público producto del uso generalizado de las evaluaciones de impacto son muy grandes. De hecho, aun cuando el maletín literario es particularmente útil para ilustrar los principios subyacentes, hay programas donde se invierten sumas mucho mayores, por lo cual es razonable esperar beneficios también mayores en estos casos.

Es por eso que es particularmente bienvenido que el gobierno haya anunciado recientemente que durante este período presidencial serán evaluados por expertos independientes más de la mitad de los programas públicos. Con esto Chile vuelve a ser líder en un tema donde había perdido cierto liderazgo en años recientes. El desafío que sigue es ir pensando cómo se hace para discontinuar programas que resultan mal evaluados.

***Eduardo Engel es profesor de economía de la Universidad de Yale.**